

ritual nacimiento. y de manchar el esplendor de su sangre con vileza de culpa: *Agnosce ¡o christiane! dignitatem tuam*, (amonesta gravemente S. Leon) (SERM. 1. DE NAT.) *et divinae consors factus naturae noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire*. Tales son los prodigios, éstas las finezas del Divino Amor en la Encarnacion: Misterio, que obliga tanto al hombre á correspondencia de afecto, que S. Agustin, apareciendose á santa Maria Magdalena de Pазis, para encenderla toda en ardentisimas llamas de amor á Dios, no quiso hacer otra cosa, ni valerse de otro medio, que escribirle con letras de oro sobre el corazon estas palabras: *Verbum caro factum est*, juzgando que esto solo bastaba para que se abrasase toda en amor divino.

§. II.

ADMIRABLE NACIMIENTO DE CRISTO.

No menos está lleno de prodigios de caridad el nacimiento del Salvador, en que su primera venida al mundo lo ostenta piisimo amante de los hombres. Bien podia él venir con comodidades y fausto ostentoso, en el medio dia solemnissimo, escoger un palacio magnifico, ser reclinado en una preciosisima cuna, recostar sus tiernos miembros sobre delicadissimos lienzos y sedas, y con esto habria dado clarissimos argumentos de su amor; porque todas las cosas, por grandes que parezcan, son muy inferiores á la Magestad de un Dios humanado. Mas no quedaba satisfecho el infinito amor de Jesus, si no llegaba á los últimos excesos. Sabia, que un grande amor suele darse á

ver humilde y sufrido; y ¡qué humildad escogió? Un establo por palacio, un pesebre por cuna, he, no por cama, unos viles animales por cortesanos.

Quién no se siente enternecer al oír aquellas palabras del Evangelio: *In propria venit, et sui eum non receperunt?* Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron; y así se vió obligado á mendigar el alvergue de las bestias, cuando se le negaban descorteses los hombres. ¡O qué prodigio de abatimiento! Se admira como un exceso de humildad el que ejecutó san Alejo, jóven nobilissimo, que se vino desconocido á su propia casa á pedir á sus padres un rincon pobre donde recogerse, y en un aposentillo mal acomodado de su palacio recibió por tantos años un poco de pan que le daban de limosna sus criados. Si esta poeza, hecha de un hombre por amor de Dios, fué de tan grande asombro; ¡qué será una tanto mayor, ejecutada por Dios por amor del hombre? ¡O qué pasmo, que entre Dios en el mundo su casa, y no halle otro lugar, que un vilissimo establo, y le sea necesario recurrir á la piedad de unos brutos, que le templen con su aliento el rigor del frio, en lugar de los serafines, que le encienden con amorosas llamas el Trono!

Otra propiedad del amor es padecer con gusto. Por eso el amor de Jesus no quiso aguardar á hacer pruebas de su fineza allá á lo último de la vida, muriendo en una cruz, anegado en un mar de tormentos; quiso desde el principio dar muestra, naciendo entre mil asperezas en el pesebre. Así, para padecer mas desde su primera entrada, escogió el invierno, estacion la mas incómoda del año: y del año y del invierno

no el mes mas riguroso; y del mes la hora mas helada de la media noche, cuando es mas sensible la aspereza del frio y del aire. Entonces el Niño Jesus salió del vientre purísimo de su Madre Maria, teniendo por primera cama la dura tierra, en un portalillo descubierta á las inclemencias del cielo. ¡Cómo temblarian sus tiernísimas carnes! ¡Cómo sentiria las punzadas del heno! ¡Con qué llanto pediria socorro á su purísima Madre, que no podia darle otro alivio, sino estrecharle á sus pechos, para calentarle con el ardor de su corazón, y alimentarle con pocas gotas de leche! ¡O Salvador mio! ¡Por qué quisiste tan presto exponerte á las incomodidades de niño, pobre y abatido? ¡Por qué, á lo menos, no templaste el rigor del hielo en una noche tan destemplada? ¡Acaso porque con la oposicion del frio contrario se encendiese más el calor de tu caridad? Mas este calor no puede crecer, porque no me puedes amar mas, que con amor infinito. ¡Qué harás por mí, ¡ó Jesus mio y Señor de mi alma! cuando este cuerpecito crezca, y tengas mayores fuerzas para padecer, si ahora que eres Niño recién nacido, y naturalmente necesitas de cariño, de alivios, caricias y abrigo, le tratas con tal rigor?

Al portal de Belén nos convida san Bernardo, para aprender las maravillas y los ejemplos de las verdaderas virtudes: *Transemus usque Bethlehém, ubi habemus, quod admiremur, quod imitemur. Habemus, quod amemus.* Porque Jesus Niño en el pesebre, es un motivo eficacísimo de amor, un imán, que con dulcísimo atractivo, arrebató los corazones: *Sic nasci voluit, qui voluit amari.* (dice san Pedro Crisólogo) (SERM. 158.) Quiso así nacer, porque quiso ganar nuestro amor,

Si hubiese venido, á ley de Dios grande, con pompa y magestad, como en otro tiempo sobre el monte Sinai bajó á dar la Ley de temor, nos habria aterrado y espantado de nuevo; pero viene como pequeño Niño, humilde, manso, benigno, para desterrar de todos los corazones el temor, é introducirles la suavísima Ley de Amor; y así, la primera y dulce palabra, que en el santo nacimiento anunciaron los ángeles á los hombres, fué: *Nolite timere*: no querais temer, ya pasó el tiempo del temor: no viene Dios como Dios de las venganzas, como Rey de la Magestad, sentado como en Trono sobre nubes de fuego, armada de rayos la diestra: viene como Dios de las Misericordias, Principe de la paz, sin armas, en un pesebre, envuelto en pobres pañales, atadas las manos con fajas, humilde y piadoso, para atraer todos los afectos á amarlo. Séame lícito explicarlo con uu gracioso suceso.

Vispera de la fiesta de los santos reyes estaban jugando á los naipes cuatro grandes de España en la corte del rey Felipe II. Sucedió, que les tocaron á tres de los jugadores los tres reyes de la baraja; y así, juzgando cada uno que tenia buen punto, envidaron el resto; mas el cuarto, á quien tocó el rey de oros, (que llaman rey de los corazones) ganó el juego, y se trajo á sí los tres reyes, con todo el dinero. Este caso pareció al predicador de la capilla real, disposicion de la divina Providencia, y se sirvió de él para el sermón de la Epifania, para probar que Jesus, verdadero Rey de los corazones y tesoros, (como lo llama el Profeta: *Deus cordis mei*) trajo á que le adorasen los tres reyes Magos, y debe arrabatar á sí todos los corazones y todas las

riquezas de los hombres. Porque ¿quién no amará á un Dios, que por su infinita bondad viene á hacer pruebas de su amor, á costa de tanto padecer? ¿Quién no despreciará el oro y las riquezas por ofrecerse á aquel Dios, que dejando los tesoros del cielo, viene mendigo á la tierra, para enriquecernos y llenarnos de su gracia? Si, si, Salvador mio, ríndome á vuestro amor, vencido de la dulce violencia de vuestra amabilísima Bondad. El frío de vuestro delicadísimo Cuerpo abraza siempre mas toda mi alma, y vuestra ternura ablande la dulzura de mi corazón; esta vuestra desnudez arranque de mi pecho el deseo de vanas riquezas, y tan extremada humildad abata mi soberbia. No permitais que vuestro grande amor, que nunca supo estar ocioso, se quede en vos solo; mas haced que se estienda hasta mí, y emplee en mi alma sus fuerzas, para que yo quede todo encendido, y vos mayormente glorificado.

Mas: *Habemus, quod admiremur*, ¿qué objeto mas digno de admiración, que ver á un Dios Todopoderoso hecho Niño? El que es inmenso, y no cabe en los términos de todo el mundo, estar estrechado en una pequeña cuna, atado con pobres y angostas fajas! El que viste el cielo de lucientes estrellas, y tapeta la tierra de vistosas flores, yacer desnudo en un pesebre! Aquel Señor, que consuela á los afligidos, llera; el que enciende á los serafines, tiembla de frío; el que reparte abundancia á todas las criaturas, está careciendo de todo bien y socorro.

¿Qué cosa mas admirable (exclama aquí el V. P. Fr. Luis de Granada) que mirar á aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana,

que esta sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que de tres dedos tiene pendiente la máquina del mundo, cuyo asiento es el cielo, cuyo escabel real para los pies es la tierra, (como hablan los Profetas) verle despues venir á tan extremada pobreza y abatimiento, que se vea obligado á nacer en una vilísima choza! ¿Que persona miserable llegó jamás á tal extremo de pobreza, que por falta de mejor acogida, se entrase en un establo y pusiese entre brutos su hijo recién nacido? ¿Quién juntó dos extremos tan distantes entre sí, como son Dios y pesebre? ¿Yacer entre bestias y reinar sobre los serafines! ¿Cómo no sale fuera de sí el corazón humano, considerando estos dos términos tan contrarios, Dios tendido en poca paja, Dios temblando de frío, Dios necesitando hasta del aliento de unos brutos!

El deseo de comunicarnos su felicidad ha obrado tales prodigios, y conseguido que tome en sí nuestras miserias. Finalmente, *Habemus, quod imitemur*. Tenemos mucho que imitar; porque (como dice san Leon) *Nativitas Christi mors est vitiorum, vita virtutum*; el nacimiento de Cristo es muerte de los vicios, vida de las virtudes. Este divino Maestro y celestial Médico, conociendo bien, que los males del hombre eran los apetitos desordenados de las riquezas, de la honra y de los deleites, vino á aplicar los remedios contrarios, para dar salud al enfermo.

Á la soberbia contrapuso el abatimiento; á la avaricia, la pobreza de espíritu; á los deleites de los sentidos, la aspereza de la vida. Y porque sabía, que los ejemplos son mas eficaces que los consejos, y las obras persuaden mejor que las pa-

labras, desde su primera entrada en el mundo, al instante empezó á obrar y enseñar: *Coepit Jesus facere, et docere.*

Bebió él primero la medicina para atrahernos á beberla á nosotros. El P. Fr. Luis de Granada, refiere una amorosa fineza que executó el rey D. Juan II. de Portugal, con un criado suyo, enfermo. Y fué, que bajando este piisimo rey á su estancia, y viendo que rehusaba tomar no sé que medicina, tomando el vaso, bebió un poco, diciendo: ¡No hareis vos en gracia y por dar gusto á vuestro rey, lo que yo hago por amor de mi criado? Esta real accion movió al instante al enfermo á beberse la purga, endulzada ya con los lábios del rey. ¡Y no podrá el ejemplo del soberano Monarca, mover á sus siervos á abrazar sus virtudes? ¡Buscaremos nosotros honras, comodidades y placeres, viendo que nuestro Rey yace en humildad, en incomodidades, en trabajos, por alentarnos á que le sigamos? ¡Oh, cómo dice bien san Bernardo en el primer sermón de la Natividad! ¡Qué causa, ó qué necesidad habia, para que el Señor de la gloria se humillase y padeciese, sino á fin de que hagamos nosotros lo que él hizo? Ya grita con el ejemplo lo que despues predicará con la palabra: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Y prácticamente nos enseña á conformarnos en el espíritu con un ejemplar tan perfecto. Porque, ¡que cosa puede haber mas irracional, mas odiosa y mas digna de castigo, que ver al Dios del cielo hecho Niño, y querer hacerse grande sobre la tierra? Intolerable desvergüenza es, que donde la Magestad se humilló, quiera hincharse y ensoberbecerse un gusano; que busque la criatura delicias, blan-

duras, ahagos, estando el Criador en un pesebre padeciendo durezas, molestias é incomodidades? Avergüencese una vez el hombre de querer estar mejor tratado que su Dios.

No pretendió tanto aun la soberbia de Lucifer; él se contentaba con ser igual ó semejante, y con todo eso, fué tan severamente castigado. Pero nosotros tenemos esta buena suerte, que la semejanza de nuestro Dios nos será facil y saludable; porque para conseguirla no es menester subir á lo alto, sino bajar á lo ínfimo. Luzbel, cuando afectó ser semejante á Dios, dijo: *In Coelum concedam: Ascendam super altitudinem nubium: Similis ero Altissimo.* Subiré al cielo, levántareme sobre la altura de las nubes, y seré igual al Altísimo. Mas ya nosotros, para hacernos semejantes á Dios, no hemos menester elevarnos sobre las alturas de las nubes del cielo, sino abatirnos á la tierra, arrojarnos á los pies de todos; porque Dios, *exinanivit semetipsum formam servi accipiens*, pobre, paciente y humilde, se dejó ver, y se presentó á nuestros ojos; pobreza, mortificacion y humildad, se pide para imitarle y adquirir su semejanza.

Y ¿con qué remedio se pudo jamás curar la soberbia del hombre, si con la humildad del Hijo de Dios no sana y se abate? ¿Con qué se pudo curar la avaricia, si con la pobreza del pesebre no se modera? ¿Quién será tan atrevido, que no quiera poner freno á sus apetitos y concupiscencias, mirando á su Dios, que desde la cuna, y las fajas de Niño affige con tantas asperezas sus delicadissimos miembros? Ya la pobreza ha venido á ser rica, amables las incomodidades y mortificaciones. Aquella pobrisima gruta

de Belén quedó tan preciosa por el nacimiento del Salvador, y tuvo tan eficaz atractivo, que las Paulas, las Eustoquias, princesas Romanas, (como afirma san Gerónimo) dejaron á Roma por Belén, y trocaron los dorados palacios por una casilla de tierra; pospusieron las púrpuras y los tronos á las fajas y cuna de Cristo, y besaron aquella tierra con lágrimas de consuelo, diciendo: Dios te salve, Belén, palacio del Rey del cielo: choza feliz, bañada con sus lágrimas: afortunadas peñas, que oíste sus primeros sollozos y llantos. ¡Cuántos despues, por imitar al divino Infante, despreciaron las grandezas del mundo, y de ricos se hicieron pobres; y de poderosos y estimados, quisieron ser humildes y abatidos? De suerte, que todos sus placeres y honras, eran humillarse y afligirse por su amor, y buscar en la objeccion la gloria y el gusto en las mortificaciones é incomodidades. ¿He de ser, pues, yo un monstruo de ingratitud, que no me rinda á tantos beneficios? ¿Yo solo he de ser tan desamorado, que no me deje mover, ni enternecer de tanta bondad y tanto amor?

§. III.

EJEMPLO.

En la leccion antecedente vimos un caballero de la corte de Francia, reducido á militar de dajo de las vanderas del Rey del cielo; ahora veremos otro en la corte de España, rendido á seguir deberas el ejemplo de Jesucristo. El padre Pedro Fabro, primogénito entre los hijos es-

pirituales de san Ignacio de Loyola, y hombre insigne en santidad y doctrina, daba en Valia-dolid, entonces corte del rey de España, los Ejercicios Espirituales á algunos grandes de España, con aquella mejora de vida y mudanza de costumbres, que suelen causar; cuando un caballero de los mas acomodados de aquella corte, muy rico, muy delicado y criado en delicias, fué á buscar al padre Fabro, y pedirle que le diese instrucciones de espíritu, y ejercicios que meditar. Mas Fabro, mirando bien el buen color del sujeto, y reconociendo que esperaba algun nuevo secreto para darse del todo al espíritu, pero sin dejar el regalado tratamiento de su cuerpo; juzgó, que seria lo mismo dar entonces meditaciones á aquel hombre, que dar medicinas á un enfermo en el rigor del crecimiento de su calentura; y así, no quiso proponerle otra cosa que considerase, sino solamente estos pocos puntos, sacados de la contraposicion entre él y el Salvador: „Cristo pobre, y yo rico: Cristo ayunó, y „yo bien alimentado: Cristo desnudo, y yo rico-mente vestido: Cristo en trabajos padeciendo, y „yo en delicias gozando.” Dicho esto, y exhortándole á que con el pensamiento, ó con la lengua repitiese muchas veces estas palabras, calló. El caballero, prometiendo hacerlo, con un sencillo despedimento se fué, llevando poco concepto de Fabro, pareciéndole que no le habia enseñado nada, y que á él, sin haber estudiado cosas de espíritu, le sugeria su pensamiento cosas semejantes ó mejores. Mas por cumplir su palabra, andaba tal vez repitiendo vocalmente aquellas palabras; pero aun mas como por burla, que por aprovecharse de ellas.

Hasta que un dia, hallándose en un esplendísimo convite, con muchos camaradas; entre los platos y bebidas, cuantas podia apetecer el gusto, se le vino oportunamente á la memoria aquel punto: *Cristo ayunó, y yo regaladamente alimentado*; y en esta ocasion, á la verdad, lo repitió, no por burlarse de Fabro, sino por llorarse á sí mismo; porque penetró bien el sentido y la fuerza de aquellas palabras con un claro conocimiento y viva compasion de Cristo, cuya hambre é incomodidades no cesaba de comparar con su hartura y regalos. Allí, labrandole como á torno la divina gracia, compuso vivamente la disonancia y deformidad de aquellos dos extremos tan contrarios. Y mirando como que él era un término, y Cristo otro, decia dentro de sí: „Yo, gusano de „la tierra, harto; y Cristo, Rey del cielo, hambriento? Yo, cargado de pecados, en delicias; y „Cristo, immaculada inocencia, en incomodidades? „¿Qué indignidad es esta?”

Aquí fué sorprendido de tanta luz del cielo, y de tan grande conmoción de afectos, que empezó á suspirar, gemir y llorar copiosamente, de suerte que le precisó quitarse de los ojos de los convidados, y retirarse solo aparte para poder soltar la rienda al llanto; y por hartarse del pan de las lágrimas, y beber el vino de la compuncion, mucho mas dulce ya para su corazón, que los que habia gustado en el suntuoso convite, Allí de nuevo, puesto de rodillas, fijando mas y mas el pensamiento en aquella contraposicion de sí con Cristo comparaba la excelencia del Señor con su vileza, los méritos del Salvador con sus pecados, y sacaba de ahí argumentos de sumia confusion para sí. ¿Qué deshonra é indignidad es la mia,

querer usar vestidos ricos y ostentosos, dormir en delicadas y blandas plumas, cuando mi Dios se vé cubierto de unas pobres y viles ropas, y no tiene donde reclinar la cabeza? ¿Qué ignominia, que el criado regale con sainetes y delicias su cuerpo, cuando su Señor maltrata el suyo con ayunos y asperezas? ¿Tendria atrevimiento para ostentarme altivo en la corte con fausto y desvanecimiento, cuando el Rey estuviese humillado en trage y vestido de penitencia? ¿Y podré llamarme cristiano, siendo mis malas costumbres tan contrarias á la vida de Cristo? Preciso es, ó renunciar la fé que profeso, ó mudar la vida que hago.

Con estos sentimientos en el corazón, y lágrimas en los ojos, volvió á buscar á Fabro, y todo lleno de humildad en su semblante y porte, le dijo: Padre, vuestras pocas palabras fueron otras tantas saetas, que me han atravesado el corazón. Bastantemente he conocido la disforme oposicion de mi vida á la vida del Salvador. Dios me ha hablado al corazón, y me dice, que mi salvacion consiste: *Non in comessationibus, et ebrietatibus, non in cubilibus, et impudicitis; sed induimini Dominum Jesum-Christum*. No es buen camino el regalo, los convites, la embriaguéz: no los deleites impuros de los sentidos, sino solo el vestirse de la librea de Jesucristo. Veisme aquí resuelto á seguir en adelante las pisadas de Cristo.

A estas palabras, acompañadas de tiernas y fervientes lágrimas, lloró tambien, lleno de consolacion Fabro, y le abrazó con gran ternura de amor. Despues discretamente le avisó, que si deverus deseaba conformarse con las virtudes del Salvador, debia entablar una vida contraria á la pasada,

y huir de aquellos deleites, que antes tanto buscaba, y buscar aquellas mortificaciones y penitencias, de que tanto huía. Dióle juntamente aquel recuerdo, que dió san Remigio al rey Clodovéo, cuando se convirtió a la fé de Jesucristo: *Adora, quod incendisti: incende, quod adorasti.* (BARON. ANNO. 490.) Señor, si quereis gozar los frutos de una buena conversion, es preciso que adoreis lo que encendisteis y abrasasteis; esto es, la cruz: y que queméis lo que adorasteis; esto es, los ídolos.

Finalmente, entrándole en los Ejercicios Espirituales, le encaminó por la via del espíritu, y le dió á meditar aquellas solidísimas verdades de la fé, que bien entendidas y rumiadas tienen admirable eficacia para purgar y limpiar el alma de los afectos viciosos, y disponerla á las virtudes perfectas. Así se vió en este felicísimo caballero, que se dió todo al estudio de la imitacion de la vida ejemplar de Jesucristo.

Lease el cap. 23. del lib. 3. de Tomás de Kempis, que es: De la abnegacion de sí mismo, y renunciacion de todo apetito.

LECCION X.

DE LA VIDA Y DOCTRINA DE JESUCRISTO.

Dh, cuantas obligaciones tenemos al Salvador del mundo, que diciendo: *Ego sum via:* Yo soy el camino, nos libró de todas dudas y fatigas de buscar la senda verdadera, para dirigirnos y llegar con toda felicidad y seguridad al término, que es gozar de Dios! *Filius Dei* (dice S. Agustin) (SERM. 55. DE V. D.) *assumendo hominem, factus est via. Ambula per hominem et pervenies ad Deum.* Si el Verbo divino hubiera bajado á la tierra solamente para descubrirnos con su celestial Boca los misterios de la fé, y revelarnos á viva voz, de un lado los caminos de las virtudes, que guian al cielo, de otro lado los precipicios del pecado, que llevan al infierno, hubiera bastantemente cumplido con el encargo de perfectísimo Maestro, pero quizá no con el oficio de amantísimo Salvador: porque la menor parte de la enseñanza, que Cristo nos dió, fué el predicar y decir, respecto de la otra, que fué el hacer y obrar.

Siempre que convidaba á cualquier difícil empresa, no decia á sus discípulos: oid, haced; pero sí, yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho: *Exemplum dedit vobis, ut quemadmodum ego feci, ita, et vos faciatis.* Aprended de las obras de mi Mano, aun mas que de las palabras de mi Boca. Si les exhorta á beber un caliz algo amargo, *potestis bibere Calicem;* al punto añade, que él quiere ser el